

Matías Iturri

Selva

Mención especial del Sexto Concurso Literario Gramma

El titilar insoportable terminaría, como hacía meses, justo cuando quedase a oscuras. Las mujeres de arriba inquietaban con sus sonámbulos pasos la rigidez del cielo raso. El balanceo de la candente bombilla era inevitable, al igual que la falla eléctrica. Como siempre, presurosa en su rutina nocturna, Selva ansiaba aprovechar las horas en las que el sol distraía su reinado para invitar a la luna a esa desolada morada. Ambas ocultaban una segunda cara, aunque Selva aún no lo notara. Quizás compartían lo de ser un tanto enigmáticas. La luna no era la nota inspiradora de un platónico romance, Selva no conocía de aquello, sólo la admiraba. Nueve años le bastaron para conocerla. Afuera la luna desfilaba incansablemente, noche tras noche, cruzando el azul profundo; allí dentro lo hacía como cebra de plata abarrotada de sombras, merodeando los rincones y bañando a su paso el rostro de Selva. Dura y deforme, la almohada separaba su espalda de la húmeda pared. La improvisada butaca disimulaba el relieve de los ladrillos que, sin revoque, rebalsaban áspera mezcla, como galletas sobradas de relleno. Tras el primer vestigio lunar la cama de metal callaba sus enclenques chillidos, dando muestra del encanto que volcaba el astro en el ambiente. El espectáculo no era siempre visible, pero un lánguido reflejo, aunque en pugna con las sombras, bastaba para influir en el descanso de la madura mujer. Incluso cuando la luna osaba apagarse, dejaba que la suplieran gota a gota las estrellas, con el lucero al mando. En esas horas, en las que la gama azul oscuro penetra lentamente en cada rosa ahogando su color, cuando unifica las formas y los colores de los elementos, otro mundo se vislumbraba a los ojos de Selva y le mecía los párpados.

La convicta compartía el cuarto con dos amigas. La más antigua era la foto de Pandy, su fiel gatita, que sobre la mesa era abrazada mimosamente por el portarretratos; a su lado, como invitado desde hacía unos meses, estaba el reloj de cuerda que

marcaba los latidos incesantes de la habitación; y a metro noventa sobre la pared, la otra amiga: la ventana abarrotada, que en su ambigüedad padecía y gozaba a la vez de encierro y libertad.

Cuando el sueño soldaba las pestañas de la mujer, esta derretía su postura hacia la horizontal, entonces a la escena ingresaba la eternidad. La llamaban perpetua allí dentro, por su infinita presencia. Como sutil y etérea sábana de seda se deslizaba desde el cosmos por entre los barrotes, quedando suspendida en el aire de la pequeña celda. Luego resumiéndose a una fina hebra se hilvanaba por el extremo periférico del segundero y lentamente envolvía un capullo en el eje del hijo del tiempo. La danza del único velo rozaba cada tanto la figura de Pandy, robándole el poco polvo que durante el día en ella se depositaba. Desde el portarretratos, la gatita marcaba círculos con la mirada, y cada tanto la fijaba en el capullo con ansias de arrebatarlo.

Esa noche la eternidad fue interrumpida un instante: llegaba la hora. Selva cargaba la culpa de la arrepentida y sus sueños a veces se esmeraban en recordárselo. Esta vez lo que pausó la calma de la habitación no fue precisamente algo del pasado. El sudor le brotaba de todos los poros. Los movimientos desarticulados la enredaban con las mantas. Los lamentos se acentuaban, buscaban escapar de aquel sueño. Sus latidos ahora se acercaban al límite. Un rápido movimiento de la cabeza, de lado a lado, negó la realidad hiriente que se le avecinaba. Por fin sus ojos exaltados rompieron esa otra celda, y su mirada se clavó en el techo. Minutos después le entró la confusión. Sentada en la cama, con los pies y la mirada en el suelo, se frotaba la cara llevándose los pelos a la nuca. Perturbada sensiblemente, intentó comprender esa pesadilla que se le planteaba incomprensible. En lo más íntimo de su ser se halló frente a un niño. La cara de ese niño le había causado el sobresalto. Un niño de ternura desbordante, de facciones de-

licadas, de prometidos abrazos duraderos, de inocencia inquebrantable... ¿Un niño?

Pasaban los minutos, el frío desde la planta de los pies trepaba, la helaba hasta los tobillos buscando hacer cumbre. Aunque estaba desvelada, optó por intentar nuevamente el sueño. Lo hizo mirando al cielo raso, como esperando que de él le lloviznara el cansancio.

La mañana la encontró con los ojos abiertos, irritados y tiesos, y su cuerpo húmedo por demás de cansancio. Ni la luna, ni las estrellas pudieron ayudarle a vencer la vigilia esa noche. El método infalible para conciliar el sueño había fallado por primera vez. Las peores batallas, las de reñirse con su pasado, la daban victoriosa en todas las ocasiones, siempre que contara con sus aliados. Esta vez Selva, la luna y las estrellas fueron vencidas.

Derramar la taza de mate cocido sobre el mame-luco la despertó desayunando. Entrada la tarde deambuló los custodiados patios digiriendo sus confusas emociones. Más tarde aún, cuando el sol ya caía, cautivada por los tornasolados rayos, se detuvo cerca del imponente portón y el encierro perpetuo la inquietó como nunca antes. El espanto la fue tiñendo con la misma lentitud con la que las luces se evaporaban de su cuerpo. Simplemente un niño había robado los sueños de su noche anterior. De a poco fue comprendiendo que ese niño, en ese sueño, poseía cierto parecido familiar, especialmente en sus ojos. En esa semejanza se vio a sí misma, y una segunda condena, igual de eterna, comenzó a ahogarla. A paso tembloroso se aproximó a uno de los pilares de la entrada y un abrazo de súplica e impotencia la unió de cuerpo entero al cemento. La cal empolvada en su mejilla se enjuagó en lágrimas y en ellas volvió al muro. Sus dedos y uñas se clavaron en él como queriendo desgarrarlo. La pena la estaba aplastando. Anochecía.

La Noche atestiguó: *La vi, me parece, suplicando. Me le acerque pues no oía bien. La noté cambiada. Algo la tenía triste. Al acercarme calló, no oí nada.*

La Luna atestiguó: *La conocí, solía hablarme. Sé que la ayudé, por eso me admiraba. Yo la vestía de plata. Nos parecíamos en algo. Apenas me asomaba cuando ocurrió. No vi nada.*

El Lucero atestiguó: *La vi un par de veces, o más. No recuerdo. Supongo que buscaba perdón por como lloraba. Yo estaba colocando las estrellas, sólo vi el resplandor. Pensé que se me había caído una. ¡Qué susto! Cuando voltee estaba enredada.*

El Reloj atestiguó: *No fue idea mía, yo sólo la cuidaba. Pandy y la Ventana lo planearon, yo sólo lo juntaba. ¿Cómo iba a imaginarlo? ¡Cientos de capullos para cientos de lianas...! ¡Está bien, está bien, perdí unos escarpines... pero yo no le di nada!*

La Eternidad habló: *Calma ya, fue idea mía. Vuelvan a lo suyo que el mundo no para. Tan sólo me apiadé pues vi su otra cara. Estaba previsto que esto pasara.*

La pena la estaba aplastando. Anochecía, y la luna comenzaba a asomar. Tímidamente la mujer clamó entre labios la oportunidad de ser madre, y un resplandor enceguedor la encendió desde el pecho fundiéndola contra el pilar. Sus manos, en un último esfuerzo, extendieron el abrazo buscando el exterior; sus dedos, caminando sobre la pared como con ventosas, traspusieron los hierros y la línea del encierro. Sintió la libertad, el rocío en la punta de los dedos. Allí, como escarpines de seda, pequeñísimas y tiernas hojas envolvían y aguardaban el nacer de los brotes.

La luna ya iluminaba la noche y Selva, arraigada desde la base del pilar, enredaba sus venas, copiosas de sabia, preparando los capullos para tejer.

La Eternidad le había concedido: *Sé Madre, Selva.*

